



LECTIO DIVINA

IV semana de adviento y
Octava de Navidad
Del 24 al 30 de diciembre de 2023



Jesús
te Orienta
ADVIENTO



Oración introductoria

Jesucristo, Señor nuestro, aunque soy indigno, te tengo, por tu santo Evangelio, entre mis manos impuras.

Te lo ruego, dime palabras de vida y de consuelo por la boca y por la lengua de tu santo Evangelio.

Concédeme, Señor, la gracia de escucharlas con nuevos oídos interiores y cantar tu gloria con la lengua del Espíritu. Amén. (*Oración escrita por José Busnaya, monje siríaco del s. X, para pedir al Señor su luz para entender las Sagradas Escrituras mientras se tiene el Evangelio entre las propias manos.*)

Petición

Dios mío, ayúdame en esta oración a entender que el hombre nuevo según el Evangelio es una meta difícil, que seguir a Cristo no es fácil, pero que no hay ideal más hermoso. Convénceme de que no se puede comparar con nada en esta vida.

Lectura del segundo libro de Samuel (2 Sam. 7,1-5.8b-12.14a.16)

Cuando el rey David se asentó en su casa y el Señor le hubo dado reposo de todos sus enemigos de alrededor, dijo al profeta Natán: «Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras el Arca de Dios habita en una tienda». Natán dijo al rey: «Ve y haz lo que desea tu corazón, pues el Señor está contigo». Aquella noche vino esta palabra del Señor a Natán: «Ve y habla a mi siervo David: “Así dice el Señor: ¿Tú me vas a construir una casa para morada mía? Yo te tomé del pastizal, de

andar tras el rebaño, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. He estado a tu lado por donde quiera que has ido, he suprimido a todos tus enemigos ante ti y te he hecho tan famoso como los grandes de la tierra. Dispondré un lugar para mi pueblo Israel y lo plantaré para que resida en él sin que lo inquieten, ni le hagan más daño los malvados, como antaño, cuando nombraba jueces sobre mi pueblo Israel. A ti te he dado reposo de todos tus enemigos. Pues bien, el Señor te anuncia que te va a edificar una casa. En efecto, cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo suscitaré descendencia tuya después de ti. Al que salga de tus entrañas le afirmaré su reino. Yo seré para él un padre y el será para mí un hijo. Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará por siempre”».

Salmo (Sal 88, 2-3 4-5. 27 y 29)

Cantaré eternamente tus misericordias, Señor.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades. Porque dije: «La misericordia es un edificio eterno», más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R.

«Sellé una alianza con mi elegido, jurando a David, mi siervo: Te fundaré un linaje perpetuo, edificaré tu trono para todas las edades». R.

«Él me invocará: “Tú eres mi padre, mi Dios, mi Roca salvadora”; le mantendré eternamente mi favor, y mi alianza con él será estable». R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 16, 25-27)

Hermanos: Al que pueda consolidaros según mi Evangelio y el mensaje de Jesucristo que proclamo, conforme a la revelación del

misterio mantenido en secreto durante siglos eternos y manifestando ahora mediante las Escrituras proféticas, dado a conocer según disposición del Dios eterno para que todas las gentes llegaran a la obediencia de la fe; a Dios, único Sabio, por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 1, 26-38)

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

Releemos el evangelio

Benedicto XVI

papa 2005-2013

Encíclica «Deus caritas est», § 41

María, la mujer de fe, esperanza y amor

Los santos son verdaderos portadores de luz en la historia, porque son hombres y mujeres de fe, esperanza y amor. Entre los santos destaca por su excelencia, María, la Madre del Señor y espejo de toda santidad. En el evangelio de Lucas, la encontramos comprometida con un servicio de caridad hacia su prima Isabel, junto a la cual se queda «alrededor de tres meses» (1,56), para asistirle en la fase final de su embarazo. «Proclama mi alma la grandeza del Señor», dice ella en esta ocasión: «Se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (1,46).

Con ello expresa todo el programa de su vida: no se pone en el centro, sino que deja que Dios, a quien ha encontrado tanto en la oración como en el servicio al prójimo, ocupe este lugar –tan sólo entonces el mundo es bueno. María es grande precisamente porque ella misma no quiere hacerse grande, sino que quiere engrandecer a Dios (Lc 1, 38.48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo, no llevando la obra a su cumplimiento sino tan sólo poniéndose a la disposición de las iniciativas de Dios. María es una mujer de esperanza: únicamente porque cree en las promesas de Dios y espera la salvación de Israel; el ángel puede venir donde ella está y llamarla al servicio del cumplimiento decisivo de estas promesas. Es una mujer de fe: «Dichosa tú que has creído», le dice Isabel.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El pasaje del Evangelio de Lucas que hemos escuchado nos relata el momento decisivo de la historia, el más revolucionario. Es una situación convulsa, todo cambia, la historia se invierte. Es difícil predicar sobre este pasaje. Y cuando en Navidad o en el día de la Anunciación profesamos la fe para decir este misterio nos arrodillamos. Es el momento en que todo cambia, todo, desde la raíz. Litúrgicamente hoy es el día de la raíz. La Antífona que hoy marca el sentido es la raíz de Jesé, “de la que nacerá un brote”. Dios se agacha, Dios entra en la historia y lo hace con su estilo original: una sorpresa. El Dios de las sorpresas nos sorprende una vez más». *(S.S. Francisco, Homilía del 20 de diciembre de 2018).*

Meditación

Leamos una vez más el Evangelio con esta pregunta en mente, ¿qué hizo María para que se le apareciera el ángel? Sí, lee el Evangelio una vez más, las veces que sean necesarias para entender y escuchar la voz del Señor.

Evidentemente, el Evangelio no dice nada sobre alguna acción en especial de María porque ella no hizo nada de particular para que el ángel viniera a saludarla. Sin embargo, la Virgen sí hizo algo que Lucas no lo menciona explícitamente.

Un primer presupuesto es aceptar el hecho de que la oración es una gracia, pues es Dios quien manda a Gabriel a comunicar un mensaje a María. Es decir, el primer interesado en el diálogo es Dios.

Fundamentalmente María acoge el mensaje del ángel. Acoger implica escuchar el mensaje, ponderarlo con el corazón y responder, de manera que nuestra voluntad coincida con la del Señor, *hágase en*

mí según tu palabra. Ese es el el ABC de la oración: conciencia de que la oración es una gracia, atención y escucha, y la respuesta personal. Lee el texto una vez más e identifica los momentos de la oración de María.

Oración final

Señor, que la brisa suave del silencio, como viento de gracia, se lleve fuera todas las voces y los rumores que poco a poco me alejan del corazón de mi existir. La huella luminosa de tu paso llene de perfume el aire en que vivo habitualmente para que no busque a otro que a ti. Y cuando las sílabas rumiadas de la Escritura, junto con los acontecimientos traídos como memoria de encuentro, se conviertan en fibras de mi carne, el mundo te verá todavía, verá tu rostro en las facciones de la carne que yo te daré.

Los confines de mi ser contarán los prodigios de tu poder, si no intento inútilmente alejarlos, sino que los amaré como definición de mi unicidad humana. Entonces llegaré a pensar tus palabras, a hablar tus palabras, porque no huyendo de mí mismo, te habré encontrado donde estás: en la profundidad de mi límite humano, en mi interioridad y soledad existencial, allí donde el amor donado genera amor y crea puentes de comunión.

LUNES, 25 DE DICIEMBRE DE 2023
NATIVIDAD DEL SEÑOR

«Dame un motivo para vivir»

Oración introductoria

Padre mío, Tú llamaste todas las cosas por su nombre y la creación entera, sin vacilar, fue moldeada según tu palabra, según el nombre que le diste.

Di mi nombre, Padre, revélame mi identidad, di mi nombre y dedicaré el resto de mis días a modelar mi vida según tu Palabra.

Petición

Señor, ayúdame a crecer en la humildad y en el amor, para cantar con alegría la gloria de tu Encarnación

Lectura del libro de Isaías (Is. 52, 7-10)

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la buena nueva, que pregona la justicia, que dice a Sión: «Tu Dios es rey»! Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo (Sal 97, 1bcde. 2-3ab. 3cd-4. 5-6)

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios.

Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas. Su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. R.

El Señor da a conocer su salvación, revela a las naciones su justicia. Se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. R.

Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera; gritad, vitoread, tocad. R.

Tañed la cítara para el Señor, suenen los instrumentos: con clarines y al son de trompetas, aclamad al Rey y Señor. R.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 1, 1-6)

En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando siglos. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa. Y, habiendo realizado la purificación de los pecados, está sentado a la derecha de su Majestad en las alturas; tanto más encumbrado sobre los ángeles cuanto más sublime es el nombre que ha heredado. Pues, ¿a qué ángel dijo jamás: “Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy”; y en otro lugar: “Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo”? Asimismo, cuando introduce en el mundo al primogénito, dice: “Adórenlo todos los ángeles de Dios”.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 1. 1-18)

En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, viniendo al mundo. El mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de

deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Este es de quien dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo». Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: Dios Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Releemos el evangelio

San Gregorio Nacianceno (330-390)

obispo y doctor de la Iglesia

Oración 7.38 (Le corps mystique du Christ, Desclée de Brouwer, 1936), trad. sc@evangelizo.org

Honra a Belén, que te condujo al cielo

Es necesario que yo sea sepultado con Cristo, resucite con él, herede con él el cielo, devenga hijo de Dios. He aquí el gran misterio para nosotros, he aquí lo que es para nosotros el Dios encarnado, hecho pobre por nosotros.

Vino para elevar la carne, salvar su imagen, restaurar al hombre. Vino para hacernos perfectamente uno, en Cristo. En Cristo, que vino perfectamente y completamente en nosotros, para poner en nosotros todo lo que él es. No hay más ni judío ni pagano, ni esclavo ni hombre libre, ni hombre ni mujer, todas características de la carne. Sólo existe la divina imagen que llevamos en nosotros, según la que fuimos creados, que es necesario se forme y grave en nosotros, tan fuerte, que sea suficiente para que nos reconozcan.

¡Cada misterio de Cristo es una fiesta de alegría! Ellos significan mi perfección, mi restauración, mi retorno a la inocencia del primer Adán. Celebra la Natividad, que ha desligado las ataduras de tu natividad, honra a la pequeña ciudad de Belén, que te condujo al cielo, venera al pesebre en el que fuiste alimentado por el Verbo. Corre tras la estrella, con los magos ofrece tus presentes -oro, incienso, mirra- al Rey y Dios hecho hombre, muerto por ti. Glorifica Dios con los pastores, con los ángeles canta himnos e intégrate al coro de los arcángeles.

Palabras del Santo Padre Francisco

«¿Pero, qué significa este para nosotros? Que el Hijo de Dios, el bendito por naturaleza, viene a hacernos hijos bendecidos por gracia. Sí, Dios viene al mundo como hijo para hacernos hijos de Dios. ¡Qué regalo tan maravilloso! Hoy Dios nos asombra y nos dice a cada uno: “Tú eres una maravilla”. Hermana, hermano, no te desanimes. ¿Estás tentado de sentirte fuera de lugar? Dios te dice: “No, ¡tú eres mi hijo!”. ¿Tienes la sensación de no lograrlo, miedo de no estar a la altura, temor de no salir del túnel de la prueba? Dios te dice: “Ten valor, yo estoy contigo”. No te lo dice con palabras, sino haciéndote hijo como tú y por ti, para recordarte cuál es el punto de partida para que empieces de nuevo: reconocerte como hijo de Dios, como hija de Dios.

Este es el punto de partida para cualquier nuevo nacimiento. Este es el corazón indestructible de nuestra esperanza, el núcleo candente que sostiene la existencia: más allá de nuestras cualidades y de nuestros defectos, más fuerte que las heridas y los fracasos del pasado, que los miedos y la preocupación por el futuro, se encuentra esta verdad: somos hijos amados. Y el amor de Dios por nosotros no depende y no dependerá nunca de nosotros: es amor gratuito. Esta noche no tiene otra explicación: sólo la gracia. Todo es gracia. El don es

gratuito, sin ningún mérito de nuestra parte, pura gracia». (S.S. Francisco, Homilía del 24 de diciembre de 2021)

Meditación

¡Feliz navidad! San Pablo nos pide alegrarnos en el Señor, hoy nos ha nacido un niño, hoy *ha nacido la vida*; la Virgen dio a luz a la Luz. Contemplando a la sagrada familia nos damos cuenta de lo difícil que es preparar un sitio para el niño Jesús. Si para María y José fue todo un reto darle al Hijo de Dios una gruta en Belén, después de dos mil años sigue siendo igual de complicado preparar un lugar al Hijo de Dios en nuestras grutas interiores, nuestros corazones.

¿Cómo hacemos para preparar un sitio al Hijo de Dios? Lo primero es esto, los verdaderos adoradores del Padre, adorarán al Señor en Espíritu y en Verdad, sin dobles caras ni medias tintas. Cuando rendimos culto al verdadero Dios, al Padre, toda nuestra persona está involucrada en la adoración de un Padre tan tierno y amoroso que no ha dudado en darnos todo, incluso a su propio Hijo. Tradicionalmente se nos ha dicho que el nacimiento de Cristo sucedió de noche, pues bien, escuchemos atentamente la voz del Señor en medio de la noche de nuestro corazón. Dejémonos tocar e interpelar por la Palabra de Dios cuando sea leída por ti o por alguien más. Escucha al Señor pronunciar tu nombre

Oración final

¡Oh, Pequeño Niño! Mi único tesoro, me abandono a tus Caprichos Divinos. No quiero otra gloria que la de hacerte sonreír. Imprime en mí tus gracias y tus virtudes infantiles, para que en el día de mi nacimiento en el cielo, los ángeles y santos lo reconozcan en tu pequeña esposa. (Santa Teresa del Niño Jesús y del Santo Rostro, plegaria n. 14)

MARTES, 26 DE DICIEMBRE DE 2023
SAN ESTEBAN, PROTOMÁRTIR (F)
«La respuesta está en Cristo»

Oración introductoria

Estoy aquí Jesús, quiero conocerte más, quiero amarte más, tengo necesidad de ti, pero no sé cómo acercarme. Enséñame a orar, enséñame a amarte, toma mi pequeñez y mi miseria y hazme un nuevo ser.

Petición

Jesús, convierte mi indiferencia y pasividad en celo apasionado por llevarte a los demás, sin temer por lo que los otros puedan decir o hacer.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles

(Hch. 6, 8-10; 7, 54-59)

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Oyendo sus palabras, se recomían en sus corazones y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijando la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie de pie a la derecha de Dios, y dijo: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios» Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos dejaron sus capas a los pies de

un joven llamado Saulo y se pusieron a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu».

Salmo (Sal 30, 3cd-4. 6 y Sab. 16bc-17)

A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Sé la roca de mi refugio, baluarte donde me salve, tú que eres mi roca y mi baluarte; por tu nombre dirígeme y guíame. R.

A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás; tu misericordia sea mi gozo y mi alegría. Te has fijado en mi aflicción. R.

Líbrame de los enemigos que me persiguen. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 10, 17-22)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «¡Cuidado con la gente!, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes por mi causa; para dar testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os entreguen, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en aquel momento se os sugerirá lo que tenéis que decir, porque no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros. El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo; se rebelarán los hijos contra sus padres y los matarán. Y seréis odiados por todos a causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el final, se salvará».

Releemos el evangelio

San Fulgencio de Ruspe (467-532)

obispo en África del Norte

Sermón 3, 1-3, 5-6; CCL 91 A, 905-909 (trad. cf breviario 26/12)

Coronados juntos por el humilde Rey de gloria

Ayer celebramos el nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos el triunfal martirio de su soldado. (...) Nuestro Rey, siendo la excelsitud misma, se humilló por nosotros; su venida no ha sido en vano, pues ha aportado grandes dones a sus soldados, a los que no sólo ha enriquecido abundantemente, sino que también los ha fortalecido para luchar invenciblemente. Ha traído el don de la caridad, por la que los hombres se hacen partícipes de la naturaleza divina. (...)

Así, pues, la misma caridad que Cristo trajo del cielo a la tierra ha levantado a Esteban de la tierra al cielo. (...) Esteban, para merecer la corona que significa su nombre, tenía la caridad como arma, y por ella triunfaba en todas partes. Por la caridad de Dios, no cedió ante los judíos que lo atacaban; por la caridad hacia el prójimo, rogaba por los que lo lapidaban. Por la caridad, argüía contra los que estaban equivocados, para que se corrigieran; por la caridad, oraba por los que lo lapidaban, para que no fueran castigados. Confiado en la fuerza de la caridad, venció la acerba crueldad de Saulo, y mereció tener en el cielo como compañero a quien conoció en la tierra como perseguidor. La santa e inquebrantable caridad de Esteban deseaba conquistar orando a aquellos que no pudo convertir amonestando. Y ahora Pablo se alegra con Esteban, y con Esteban goza de la caridad de Cristo, triunfa con Esteban, reina con Esteban; pues allí donde precedió Esteban, martirizado por las piedras de Pablo, lo ha seguido éste, ayudado por las oraciones de Esteban.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hoy se experimenta a menudo una «desertificación espiritual». Especialmente allí donde se vive como si Dios no existiera, nuestras comunidades cristianas están llamadas a ser “cántaros” que apagan la sed con la esperanza, presencias capaces de inspirar fraternidad, encuentro, solidaridad, amor genuino y desinteresado; han de acoger y avivar la gracia de Dios, para no encerrarse en sí mismos y abrirse a la misión.

No se puede, en efecto, comunicar la fe viviéndola de manera aislada o en grupos cerrados y separados, en una especie de falsa autonomía y de inmanentismo comunitario. Así no se da respuesta a la sed de Dios que nos interroga y que está presente también en tantas formas nuevas de religiosidad». *(Discurso de S.S. Francisco, 10 de junio de 2016).*

Meditación

Cada día se nos presentan problemas o situaciones en las cuales sabemos con certeza que la solución estaría en meter a Cristo. Es decir, algún problema familiar en el cual no se encuentra la solución, alguna enfermedad, alguna crisis existencial, etc.

Sabemos que la respuesta está en Cristo porque nosotros lo hemos experimentado en carne propia. Pero, aunque lo sabemos no nos animamos a hablar de Él. ¿Qué pensarán?, ¿qué dirán?, ¿cómo se los digo?

Nuestra vida como creyentes, para que en verdad sea coherente y plena, tiene que tener como guía al Espíritu Santo. Sí, no podemos llevar esta vida tan globalizada, estresante y alejada de Dios, sin la ayuda del mismo Dios, en la persona del Espíritu Santo.

Él nos guiará por el camino, Él abrirá las puertas, Él nos conducirá por el camino que el Señor tiene preparado para nosotros. No podemos pretender ir contra corriente solos, porque la corriente terminará arrastrándonos. Necesitamos de su fuerza, y si nos sentimos débiles y que no podemos es buena señal, pues es el momento de reconocernos necesitados de Dios.

Ayúdanos, Santo Espíritu, a tener una verdadera relación de amistad contigo. Que, en los momentos de tomar decisiones serias, te sepamos consultar y así logremos descubrir la voluntad de Dios en lo concreto y cotidiano de nuestra vida. Que seas Tú nuestro compañero y guía. Que en el silencio de la oración sepamos escuchar tu voz. Que seas Tú mismo quien viva en nosotros y ame a los demás.

Oración final

En ti, Yahvé, me cobijo,
inunca quede defraudado!
¡Líbrame conforme a tu justicia,
tiende a mí tu oído, date prisa! (Sal 31,2-3)

MIÉRCOLES, 27 DE DICIEMBRE DE 2023
SAN JUAN, APÓSTOL Y EVANGELISTA (F)
«Vio y creyó»

Oración introductoria

Padre, vengo a ponerme en Tu presencia, a descansar en tus brazos como un niño pequeño, a ejemplo de Jesús que se hizo niño por mí, a ejemplo de San Juan que descansó sobre el pecho del Señor.

Ayúdame a creer más en ti, a escuchar Tu Corazón en esta oración, a amarte más a ejemplo de San Juan y bajo su intercesión.

Petición

Señor, dame el don de conocerte para que pueda amarte más y así pueda seguirte mejor.

Comienzo de la primera carta del apóstol san Juan (Jn. 1, 1-4)

Queridos hermanos: Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo.

Salmo (Sal 96, 1-2. 5-6. 11-12)

Alegraos, justos, con el Señor.

El Señor reina, la tierra goza, se alegran las islas innumerables. Tiniebla y nube lo rodean, justicia y derecho sostienen su trono. R.

Los montes se derriten como cera ante el señor, ante el Señor de toda la tierra; los cielos pregonan su justicia, y todos los pueblos contemplan su gloria. R.

Amanece la luz para el justo, y la alegría para los rectos de corazón. Alegraos, justos, con el Señor, celebrad su santo nombre. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 20, 1 a. 2-8)

El primer día de la semana, María la Magdalena echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Tratado sobre Jn 17,8 (S. Augustin et l'augustinisme, Seuil, 1955), trad. sc@evangelizo.org

¡Ama y verás a Dios!

El Señor ha venido, doctor de la caridad, pleno de caridad. (...) Reflexionen conmigo, hermanos, acerca de la naturaleza de estos dos preceptos. Ellos no deben solamente venir a su espíritu cuando se los recordamos. Nos deben ser muy conocidos y nunca borrarse de nuestro corazón. Es nuestro deber.

Piensen sin cesar que tenemos que amar Dios, con todo el corazón, toda el alma, todo el espíritu, y a nuestro prójimo como a

nosotros mismo. (...) El amor de Dios es el primero en el orden de los preceptos, pero el amor del prójimo es el primero en el orden de la realización. El que en dos preceptos te mandaba amar, no podía mandarte amar primero a tu prójimo y a Dios luego, sino a Dios y al prójimo al mismo tiempo.

Ya que todavía no ves a Dios, es amando al prójimo que podrás verlo. Al amar a tu prójimo, purificas tu ojo para ver a Dios. Es evidente para Juan “¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?” (1 Jn 4,20). Te decimos “Ama a Dios”. Si me dices “Muéstrame a quien debo amar”, te responderé con las palabras de Juan “Nadie ha visto jamás a Dios” (Jn 1,18). Sin embargo, no te creas extraño a la visión de Dios: “Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él” (1 Jn 4,16).

Ama al prójimo y considera que está dentro de ti la fuente del amor al prójimo. Ahí, tanto como sea posible, verás a Dios. (...) “Entonces despuntará tu luz como la aurora” (Is 58,8). Tu luz, es tu Dios, luz matinal que sucederá a la noche de este siglo. Él no se levanta ni se acuesta, ya que permanece eternamente.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Celebrar la Navidad, es dar la bienvenida a las sorpresas del Cielo en la tierra. No se puedes vivir “tierra, tierra”, cuando el Cielo trae sus noticias al mundo. La Navidad inaugura una nueva era, donde la vida no se planifica, sino que se da; donde ya no se vive para uno mismo, según los propios gustos, sino para Dios y con Dios, porque desde Navidad Dios es el Dios-con-nosotros, que vive con nosotros, que camina con nosotros. Vivir la Navidad es dejarse sacudir por su sorprendente novedad. La Navidad de Jesús no ofrece el calor seguro de la chimenea, sino el escalofrío divino que sacude la historia. La

Navidad es la revancha de la humildad sobre la arrogancia, de la simplicidad sobre la abundancia, del silencio sobre el alboroto, de la oración sobre “mi tiempo”, de Dios sobre mi “yo” ». (S.S. Francisco, *miércoles 19 de diciembre de 2018*).

Meditación

En medio de estos días de Navidad, hoy celebramos la fiesta de San Juan Evangelista. Él fue el discípulo al que Jesús amaba, su gran amigo, quien conocía el Corazón del Maestro. Y el Evangelio que la Iglesia nos propone hoy es justamente escrito por San Juan. Podríamos preguntarnos, ¿por qué un Evangelio sobre la Resurrección en Navidad? ¿Por qué hablar de Jesús resucitado cuando apenas acaba de nacer?

Señor, ¿qué quieres decirme con esta “coincidencia”? Acompañemos a ver a Juan y a Pedro corriendo hacia el sepulcro. Juan va más rápido que Pedro, él es más joven, él acompañó a Cristo hasta la cruz y, seguramente, el ver sus gestos ahí ayudó a entender un poco mejor que Jesús no era cualquier hombre. Juan llegó al sepulcro. Pero no entró.

¿Jesús, qué había en este momento en el corazón de tu amigo, de tu discípulo amado? ¿Por qué no entró? Tal vez esperó por respeto a Pedro, a quien ya habías llamado a ser el guía de los apóstoles. Tal vez quedó impresionado y no supo qué hacer. Tal vez no podía afrontar él solo el gran misterio y necesitaba que alguien lo acompañara. ¿Qué hubiera sentido yo en su lugar? ¿No es un poco lo mismo que siento ahora?

Ha pasado Navidad, estás aquí conmigo y estás también presente realmente todos los días en la Eucaristía, eres mi amigo y me amas como amabas a Juan. Tal vez a veces todo esto me parece

demasiado, un gran misterio. Tal vez no entiendo por qué te hiciste hombre, al igual que Juan no entendía cómo habías resucitado. Pero Juan vio y creyó. Ayúdame Señor, ayúdame a ver y creer, si además puedo entender, pues mejor. Pero frente al misterio de la Navidad que no puedo entender completamente ayúdame a creer como ayudaste a San Juan a creer en la Resurrección. Ahí hay una conexión entre ambas, una conexión entre Juan y yo: ambos estamos frente al misterio de Tu Amor, ayúdame a ver y creer como lo ayudaste a él.

Oración final

Los montes se derriten como cera,
ante el Dueño de toda la tierra;
los cielos proclaman su justicia,
los pueblos todos ven su gloria. (Sal 97,5-6)

JUEVES, 28 DE DICIEMBRE DE 2023
LOS SANTOS INOCENTES, MÁRTIRES (F)
«Inocencia de niño»

Oración introductoria

Buenos días, Señor Jesús. Gracias por regalarme este momento de especial unión contigo. Permíteme contemplar tu rostro de niño por medio de la fe. Quiero tener tu inocencia y la de todos esos niños que fueron asesinados por Herodes y a los cuales hoy conmemoramos. Hoy quiero que vengas a mi vida y te quedes en mi corazón.

Petición

Señor, te ofrezco toda mi vida, toma mi libertad y toda mi voluntad. Soy tuyo, a Ti me entrego con todo lo que soy y lo que tengo.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (Jn. 1,5-2, 2)

Queridos hermanos: Este es el mensaje que hemos oído a Jesucristo y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado. Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros. Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo (Sal 123, 2-3. 4-5. 7b-8)

Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador.

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte, cuando nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos: tanto ardía su ira contra nosotros. R.

Nos habrían arrollado las aguas, llegándonos el torrente hasta el cuello; nos habrían llegado hasta el cuello las aguas impetuosas. R.

La trampa se rompió, y escapamos. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 2, 13-18)

Cuando se retiraron los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise; porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». José se levantó, tomó al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes para que se cumpliese lo que dijo el Señor por medio del profeta: «De Egipto llamé a mi hijo». Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías: «Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos, y rehúsa el consuelo, porque ya no viven».

Releemos el evangelio

Eusebio el Galicano (siglo V)

monje, obispo

Sermón 219; PL 39, 2150

«¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?» (Mt 2,2)

El traidor Herodes, engañado por los magos, manda a sus esbirros a Belén y a todos sus alrededores para matar a los niños menores de dos años... Pero nada has obtenido bárbaro cruel y arrogante: puedes hacer mártires, pero no logras encontrar a Cristo.

Ese malvado tirano creía que la venida del Señor nuestro Salvador era para echarle de su trono real. Pero no fue así. Cristo no vino a usurpar la gloria de otro, sino para hacernos don de la suya. No vino a apoderarse de un reinado terrenal, sino a concedernos el Reino de los cielos. No vino a quitar dignidades, sino a sufrir injurias y malos tratos. No vino a preparar su cabeza sagrada para una diadema de pedrerías, sino para una corona de espinas. No vino para sentarse gloriosamente encima de los cetros, sino para ser escarnecido y crucificado.

Por el nacimiento del Señor «Herodes se turbó y toda Jerusalén con él» (Mt 2,3). ¿Qué hay de extraño que la impiedad se turbe por el nacimiento de la bondad? He aquí que un hombre armado se asusta del que está acostado en un establo, un orgulloso rey tiembla ante el humilde, el que está revestido de púrpura teme al pequeño envuelto en pañales... Fingió querer adorar al que buscaba para hacerlo matar (Mt, 2,8). Pero la verdad no teme a las tramoyas de la mentira... La traición no puede encontrar a Cristo porque no es a través de la crueldad sino de la fe que se debe buscar a Dios que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Acojamos en el Niño Jesús el amor de Dios y esforcémonos para hacer que nuestro mundo sea más humano, más digno de los niños de hoy y de mañana». *(S.S. Francisco, Tuit del 28 de diciembre de 2018).*

Meditación

Hoy conmemoramos a los santos inocentes. Podríamos decir que fueron los primeros mártires cristianos, pues, aunque aún no tenían la capacidad de darse cuenta de lo que pasaba, dieron sus vidas por Cristo.

Es impresionante considerar el ejemplo de José y de María. En todo momento supieron escuchar los designios de Dios y con presteza los cumplieron. “Ve a Belén” y allá va José, “ahora a Egipto” y se van a Egipto, “ahora de regreso a Nazaret.”

Quizá José tendría dudas, o un poco de miedo de ir a Egipto, pues no era lo más cómodo del mundo salir hacia un lugar desconocido cuando su esposa acababa de dar a luz a su hijo, pero puso la fe por encima de sus dudas y miedos y se dispuso a llevar a cabo la voluntad de Dios. Esa es la actitud con la que todos los cristianos debemos vivir.

Muchas veces nos cuesta escuchar la voz de Dios y cuando la escuchamos, nos cuesta aceptarla y aún cuando la aceptamos, se nos hace difícil cumplirla. Por eso es bueno contemplar el ejemplo de José, de María, pues, aunque también ellos experimentaron dificultades, siempre supieron poner aquellos que Dios les pedía por encima de todo lo demás.

Seguramente la fe de José era mucho más grande que un granito de mostaza. Y lo demostró no con palabras, sino con sus obras, abrazando cada mandato de Dios. Esa es la mejor manera de vivir la fe.

Pidamos a José y a María que, así como ellos fueron dóciles a la voluntad de Dios, que también nosotros podamos escucharla, aceptarla y cumplirla.

Oración final

Nuestra ayuda es el nombre de Yahvé,
que hizo el cielo y la tierra. (Sal 124,8)

Oración introductoria

Enséñame, Señor, el camino de tu humildad. Enséñame a entregarme al Padre como lo hiciste tú en cada momento de tu vida. Que San José y la Virgen María me lleven también a mí hasta la presencia de Dios. Amén.

Petición

Señor, hazme comprender que cargar la cruz es el único modo de dar fruto para la vida eterna.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1Jn. 2,3-11)

Queridos hermanos: En esto sabemos que conocemos a Jesús: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: «Yo le conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe caminar como él caminó. Queridos míos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado. Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo - y esto es verdadero en él y en vosotros -, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su

hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Salmo (Sal 95, 1-2a. 2b-3. 5b-6)

Alégrese el cielo, goce la tierra.

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R.

Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R.

El Señor ha hecho el cielo; honor y majestad lo preceden, fuerza y esplendor están en su templo. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 2, 22-35)

Cuando se cumplieron los días de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones». Había entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo estaba con él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo. Y cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo acostumbrado según la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos “han visto a tu Salvador”, a quien has presentado ante todos los pueblos: “luz para alumbrar a las naciones” y gloria de tu pueblo Israel». Su padre y su

madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción - y a ti misma una espada te traspasará el alma - para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Releemos el evangelio

Orígenes (c. 185-253)

presbítero y teólogo

Homilía 15 sobre el evangelio de San Lucas; PG 13, 1838-1839)

“Irse en paz”

Simeón sabía que nadie nos puede hacer salir de la cárcel de nuestro cuerpo con la esperanza de la vida futura, fuera de aquel que él tenía en sus brazos. Por esto dice: “Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz...” (Lc 2,29) porque, mientras no cogía en brazos a Cristo, estaba como encarcelado y no me podía desligarse de sus cadenas. Es de notar que esto no vale únicamente para Simeón sino para todos los humanos. Si alguien sale de este mundo y quiere entrar en el Reino que tome a Jesús en sus manos, que lo estreche entre sus brazos, contra su pecho y entonces se puede ir, lleno de alegría, a donde desea...

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios éstos son hijos de Dios” (Rm 8,14). El Espíritu Santo mismo lleva a Simeón al templo. Si tú quieres tener en tus brazos a Jesús y ser digno de salir de tu prisión, esfuérzate por dejarte conducir por el Espíritu Santo hasta llegar al templo de Dios. Ya estás en el templo del Señor Jesús, es decir, en su Iglesia, “el templo construido con piedras vivas” (cf 1P 2,5) ...

Si llegas, pues, movido por el Espíritu Santo hasta el templo, encontrarás al Niño Jesús, lo tomarás en tus brazos y dirás: “Ahora,

Señor, según tu palabra, puedes dejar a tu siervo irse en paz.” Esta liberación y esta partida se realizan en la paz... ¿Quién es el que muere en paz sino aquel que posee la paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia y guarda el corazón de los que la poseen? (Flp 4,7) ¿Quién es aquel que sale de este mundo en paz, sino aquel que comprende que Dios ha venido en Cristo a reconciliar el mundo consigo?

Palabras del Santo Padre Francisco

«El peso de la edad y de la espera desapareció en un momento. Ellos reconocieron al Niño, y descubrieron *una nueva fuerza, para una nueva tarea*: dar gracias y dar testimonio por este signo de Dios. Simeón improvisó un bellissimo himno de júbilo -fue un poeta en ese momento- y Ana se convirtió en la primera predicadora de Jesús: “hablaba del niño a todos lo que aguardaban la liberación de Jerusalén”». (S.S. Francisco, Catequesis del 11 de marzo de 2015).

Meditación

Han pasado cuatro días desde que celebramos la Navidad. Aún los buenos recuerdos están frescos, o quizá llevamos en el corazón la amarga tristeza de celebrar Navidad en triste circunstancias. Como sea, Jesús en este Evangelio nos recuerda que no estamos solos y que no hay momento que carezca de sentido ni ocasión en la que la tristeza tenga la última palabra.

Contemplamos la escena del Evangelio y vemos dos ancianos que se llenan de alegría al ver el cumplimiento pleno de las promesas de Dios. ¡Cuántas décadas habrán pasado esperando! Sin embargo, ahí estaba la salvación, llegando a llenar las esperanzas de este hombre y esta mujer.

El contexto en el que llega Jesús es en el de la expiación que se tenía que hacer por el hijo primogénito de cada familia. Según estaba escrito en la Ley, se debía ofrecer una ofrenda en rescate por el hijo mayor, pero ahora en Jesús esto tenía un significado mucho más profundo, pues él era el Hijo, el Hermano mayor de todos los hombres y el que entregaba su vida para salvarnos de la muerte. Jesús era así la oblación perfecta para toda la humanidad.

Si consideramos la espera de estos dos ancianos, vemos que ellos también compartían algo de esa expiación pues, sin duda alguna, esperar tanto tiempo sin ver respuestas inmediatas, constituía una verdadera prueba. Así, por medio de la prueba y su paciencia, pudieron recibir con fe y atención al anhelado Mesías.

Si tu año que pasó fue triste, si tuviste una Navidad acerba, confía, Dios no te ha dejado siempre. Él que conoce el dolor, Él que ha sido la oblación por nuestra salvación te comprende y te visitará en tu llanto. Dios está siempre contigo.

Oración final

¡Cantad a Yahvé un nuevo canto,
canta a Yahvé, tierra entera,
cantad a Yahvé, bendecid su nombre!
Anunciad su salvación día a día. (Sal 96,1-2)

Oración introductoria

Dame, Señor, el don de perseverar en el espera de tu promesa. Tú sabes que mi debilidad me hace desesperar y olvidar que siempre has sido y serás fiel. Dame un corazón como el de Ana, para perseverar cada día en la expectación de tu presencia.

Petición

Señor, toma mi libertad, mi voluntad, mi inteligencia, todo mi ser y poseer. Soy tuyo, Jesús.

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan (1Jn.2,12-17)

Os escribo, hijos míos, porque se os han perdonado vuestros pecados por su nombre. Os escribo, padres, porque conocéis al que es desde el principio. Os escribo, jóvenes, porque habéis vencido al Maligno. Os repito, hijos, porque conocéis al Padre. Os repito, padres, porque ya conocéis al que existía desde el principio. Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al Maligno. No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él el amor del Padre. Porque lo que hay en el mundo - la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la arrogancia del dinero -, eso no procede del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y su concupiscencia. Pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Salmo (Sal 95, 7-8a. 8b-9. 10)

Alégrese el cielo, goce la tierra.

Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor, aclamad la gloria del nombre del Señor. R.

Entrad en sus atrios trayéndole ofrendas. Postraos ante el Señor en el atrio sagrado, tiemble en su presencia la tierra toda. R.

Decid a los pueblos: «El Señor es rey: él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente». R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 2, 36-40)

En aquel tiempo, había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, ya muy avanzada en años. De joven había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones noche y día. Presentándose en aquel momento, alababa también a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y, cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, Jesús y sus padres se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño, por su parte, iba creciendo y robusteciéndose, lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba con él.

Releemos el evangelio

San Carlos de Foucauld (1858-1916)

ermitaño y misionero en el Sahara

Ocho días en Efrén (Écrits spirituels de Charles de Foucauld, ermite au Sahara, apôtre des touaregs, J. de Gigord, 1964), trad. sc@evangelizo.org

La incomparable belleza de una vida escondida en Dios

[Nuestro Señor] –“Después de Mi presentación y de Mi fuga a Egipto, me retiré a Nazaret... Ahí pasé los años de Mi infancia y Mi juventud, hasta los treinta años... Es por ustedes, por amor, que he estado ahí... ¿Qué vida llevé?

Llevé esta vida para instruirlos. Durante esos treinta años no he cesado de instruirlos, no con palabras sino con Mi silencio y ejemplo. ¿Qué les enseñó? Les enseñó primero que pueden hacer bien a los hombres, mucho bien, un bien infinito, un bien divino, sin palabras, sin sermones ni ruido. Sólo con el silencio y dando un buen ejemplo... ¿Qué ejemplo? De la misericordia, de los deberes hacia Dios amorosamente cumplidos, de la bondad hacia todos los hombres, la ternura hacia los que nos rodean, los deberes domésticos santamente realizados. De la pobreza, trabajo, abyección, recogimiento, retiro. De la oscuridad de una vida escondida en Dios, con una vida de oración, penitencia, perdida en el abismo de Dios. Les enseñó a vivir del trabajo de sus manos para no estar a cargo de nadie y tener para dar a los pobres. Considero que ese género de vida posee una incomparable belleza ..., la de imitarme.

Todos los que quieren ser perfectos, deben vivir pobremente, imitando fielmente mi pobreza de Nazaret... Mucho he predicado la humildad en Nazaret, pasando treinta años en oscuros quehaceres, permaneciendo desconocido, Yo, la luz del mundo. Viviendo la

obediencia , sumiso durante treinta años a Mis padres, sin duda santos, pero humanos. ¡Yo, que soy Dios!

Palabras del Santo Padre Francisco

«El Evangelio viene a nuestro encuentro con una imagen muy hermosa, conmovedora y alentadora. Es la imagen de Simeón y Ana, de quienes se habla en el Evangelio de la infancia de Jesús escrito por san Lucas. Eran ciertamente ancianos, el “viejo” Simeón y la “profetisa” Ana que tenía 84 años. Esta mujer no escondía su edad. El Evangelio dice que esperaba la venida de Dios cada día, con gran fidelidad, desde hacía largos años. Querían precisamente verlo ese día, captar los signos, intuir el inicio. Tal vez estaban un poco resignados, a este punto, a morir antes: esa larga espera continuaba ocupando toda su vida, no tenían compromisos más importantes que este: esperar al Señor y rezar. Y, cuando María y José llegaron al templo para cumplir las disposiciones de la Ley, Simeón y Ana se movieron por impulso, animados por el Espíritu Santo». *(S.S. Francisco, Catequesis del 11 de marzo de 2015).*

Meditación

Tantos años de esperar, tantos años de ver cómo cada ocasión terminaba en posibilidad y no en la realización de la promesa. Sin embargo, Ana continuaba ahí con un corazón encendido, esperando en su Dios. Su vida era una ofrenda total y, aunque no había visto con sus ojos la promesa cumplida, ella ya vivía al servicio de Dios y de su Mesías, pues “no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones”. Ella vivía en su corazón la intimidad con su Dios.

Un día, que no tenía nada de extraordinario, entró una pareja joven y sencilla. El padre se veía cansado y tenía unas ojeras que

evidenciaban el trabajo que había hecho. La madre, aferrada a su hijito, entraba contemplando extasiada el magnífico templo. De repente, Ana miró al Niño y en su corazón se encendió un fuego que indicaba indudablemente de la presencia del Cristo, el cumplimiento de la promesa. Dios no la había dejado sola, nunca lo había hecho y ahora, estaba en sus brazos.

Oración final

Cantad a Yahvé, bendecid su nombre!
Anunciad su salvación día a día,
contad su gloria a las naciones,
sus maravillas a todos los pueblos. (Sal 96,2-3)